Globethics Repository



Vaticano II: un Concilio tan necesario cuanto radicalmente insuficiente[Vatican II, a Council so Necessary as Radically Insufficient]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Robles, José Amando
Publisher	EATWOT's International Theological Commission
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-11-03 08:05:05
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/186855

ESP

Vaticano II: un Concilio tan necesario cuanto radicalmente insuficiente

José Amando ROBLES
Heredia, Costa Rica

Al estar imponiéndose por parte de la autoridad central de la Iglesia Católica una interpretación en línea restauracionista del Concilio Ecuménico Vaticano II, se comprende que reivindicar hoy, a los cincuenta años de su inauguración (1962-2012), espíritu y textos del mismo es una necesidad, y así hay que hacerlo. Pero quedarse ahí no basta, sería, es, profundamente insuficiente, como lo fue el propio Concilio, la Iglesia tridentina, que fue la que prácticamente llegó hasta el Vaticano II, y el cristianismo mismo desde casi sus comienzos.

A este respecto la posición crítica de Marcel Légaut frente al Concilio Ecuménico Vaticano II, así como frente al cristianismo en general, debe ser conocida y tenida en cuenta. Porque es sumamente importante, nosotros diríamos necesaria, y sin embargo prácticamente desconocida, víctima del silencio al que la ha condenado la teología profesional, institucional y no institucional. Se diría que tanto para unos como para otros la crítica de Marcel Légaut fue y es políticamente incorrecta, por no decir inaceptable. Sin embargo quizás no haya otra critica políticamente más correcta y pertinente. En este breve artículo queremos evocarla y llamar la atención sobre ella.

Un Concilio sumamente necesario

Marcel Légaut (1900-1990), laico católico, culturalmente moderno y discípulo, en un sentido amplio y no tanto, de "modernistas", no podía estar eclesial e históricamente mejor ubicado para percibir la necesidad de la renovación en la Iglesia Católica e identificarse con ella. La brecha existente entre Iglesia y modernidad fue muy pronto una experiencia lacerante en él.

Tenía razones nuestro autor para ver el Concilio como una necesidad histórica, y por ello es que, aun siendo crítico del mismo, lo avaló en todo lo que tuvo de renovador: su naturaleza pastoral, reforma de la liturgia, valoración del laicado, colegialidad como forma de gobierno, ecumenismo, libertad religiosa, encuentro y diálogo con las otras religiones, apertura al mundo moderno… Todos ellos eran pasos valiosos en sí mismos, y necesarios para que un día el cristianismo se pueda descubrir como lo que es, propuesta y camino de realización humana plena, de espiritualidad. Sin aquellos pasos, imposible que se dé este descubrimiento.

Por ello le dolió profundamente cuando durante el mismo Concilio y bajo Pablo VI comenzó la sustracción de temas a la competencia del Concilio, la falta de libertad, pues, para ser críticos, y el miedo; reacciones todas ellas que, en los ochenta, con Juan Pablo II y el entonces cardenal Ratzinger al frente de la Congregación para la Doctrina de la Fe, comenzarían a traducirse en signos inequívocos de vuelta atrás y restauración, como fue el intento en 1988 de reintegrar en la Iglesia a los seguidores de Monseñor Lefebvre, haciendo obviamente concesiones. Este viraje de la Iglesia lo denunciaría Légaut en el famoso manifiesto *Un catholique à son Église* publicado en *Le Monde* (21 de abril de 1989), y que él mismo califica de "llamado al mundo", tan grave considera el hecho que denuncia. Su obra aparecida en 1988, *Un hombre de fe y su Iglesia*, nace en este contexto y en parte es denuncia de él.

El restauracionismo doctrinal que significó el pontificado de Juan Pablo II, programa ahora de gobierno de Benedicto XVI, ponía en peligro el Concilio Ecuménico Vaticano como esfuerzo renovador y de cambio, y así había que denunciarlo reivindicando el Concilio. Y Légaut así lo hizo.

Pero profundamente insuficiente

No tanto desde un punto de vista histórico. Porque quizás eso fue lo máximo que en ese momento se pudo alcanzar. La Iglesia no estaba preparada para más. Pero sí desde el Concilio en sí mismo considerado. Ya que, en el mejor de los casos, quedó en *aggiornamento* o puesta al día lo que tenía que haber sido y significado una *mutación*. Tal es la

valoración que de manera global le merece a Marcel Légaut el Concilio Ecuménico Vaticano II.

Aún reconociendo que después del Vaticano II la Iglesia ha cambiado más en su manera de enseñar y de comportarse que durante los siglos pasados, él declarará que el Concilio ha cambiado bien poco o lo que cambió fueron cosas de poca importancia. Así lo advertía ya en 1966, apenas un año después de clausurado el Concilio, en una charla a un grupo de amigos: «Por más que cambien las cosas —por ejemplo, la liturgia—, si pensamos en el problema esencial, constatamos que se trata de cambios en pequeñas nimiedades. Lamento decirlo pero, en este punto, el Concilio ha resultado una nulidad.» [1]

«Pequeñas nimiedades», «una nulidad», podrán considerarse expresiones espontáneas, faltas de rigor, propias de una charla. Aunque la charla era sobre la obra que estaba escribiendo desde hace años, *El cumplimiento humano* [2], su obra más importante, de contenidos y con valoraciones muy pensadas y reflexionadas. Pero este es el juicio que mantendrá veintitantos años después en una obra, ya no en una charla, *Hombre de fe y su Iglesia*, aparecida por primera vez en francés en 1985 , juicio que subyace a todas sus obras escritas durante los años del Concilio y después, como *Introduction à l'intelligence du passé et de l'avenir du christianisme* (1970), *Mutation de l'Église et conversión personnelle* (1975) y *Creer en la Iglesia del futuro* (1985)[3], sobre todo su prefacio, titulado "La situación de la Iglesia en el postconcilio".

En *Hombre de fe y su Iglesia* dirá, de una manera que puede sonar categórica, en el sentido de autoritaria o no fundada, pero que no lo es, porque no es su estilo, ni el del capítulo (II) en el que lo expresa, titulado

---

[1] "Voy a hablaros un poco de mi libro, aún en gestación…" (Les Granges, 1966), *Cuadernos de la Diáspora* nº. 17 (mayo-noviembre 2005), pp. 18-19.

[2] *L'accomplissement humain*. Así es como tituló lo que iba a ser una sola obra, su obra principal, en dos tomos y que luego aparecieron como dos obras y, por razones comerciales de la editorial que aceptó publicarla (Éditions Aubier), en orden inverso al previsto y querido por Légaut, primero *Introduction à l'intelligence du passé et de l'avenir du christianisme* (Aubier 1970), y luego *L'homme à la recherche de son humanité* (Aubier 1971). De las dos hay traducción al castellano: *El hombre en busca de su humanidad (El cumplimiento humano*, I), Asociación Marcel Légaut, 2ª edición revisada, Madrid 2001, y *Reflexión sobre el pasado y porvenir del cristianismo (El cumplimiento humano,* II), Asociación Marcel Légaut, Madrid 1999, junto con *Creer en la Iglesia del futuro*, Sal Terrae, Santander 1988, que con la anterior completa la traducción al castellano de *Introduction à lìntelligence du passé et de l'avenir du christianisme*. Por un breve tiempo el propio Légaut consideró *Mutation de l'Église et conversión personnelle* el III tomo de L'accomplissement humain, pero luego cambió de opinión y apareció como obra aparte (Aubier, París 1975).

[3] Traducción al castellano, *Cuadernos de la Diáspora* nº. 22 (mayo-diciembre 2010). *Un hombre de fe y su Iglesia* fue el último libro de Légaut publicado en vida (1985).

"La Iglesia, ¿ha cambiado?": «*No creo que el Vaticano II cambiara nada importante en la Iglesia romana* aunque, en el tiempo inmediatamente posterior al Concilio, pudo dar la impresión de que sí.»[4]. Y así lo reiterará tres páginas más adelante: «No. Nada ha cambiado realmente en la Iglesia católica actual». Aunque cuando se expresa así pareciera estar pensando sobre todo en la jerarquía eclesiástica.[5]

El Concilio no pudo significar el cambio espiritual que se necesitaba, porque ni siquiera lo vislumbraba. El objetivo principal era la actualización, de la doctrina, de la pastoral y de la Iglesia como institución religiosa, un objetivo más cerebral y afectivo de lo que normalmente se piensa, pero no la vida espiritual de la Iglesia en sí, de cada uno de sus miembros. De esta manera, el cristianismo, incluso renovado y actualizado, siguió siendo el de siempre, un cristianismo religión, un cristianismo de naturaleza doctrinal, «judaizante», dirá reiteradamente Légaut, ritual y moral. De ahí la grave insuficiencia del Concilio.

En el mejor de los casos, el Concilio, con sus documentos y sus decisiones, pudo significar pasos previos que la Iglesia necesariamente tiene que dar en la comprensión del mundo y cultura actuales, del ser humano y de sí misma, del tipo de ser humano Jesús de Nazaret, que le dio origen, en el proceso que le debiera llevar a convertirse en testimonio y propuesta de plenitud humana. Pero solo en parte el Concilio significó esos pasos. No pudo ser ni significar más. No había sido convocado para ello ni el proceso que siguió y la gestión que se fue dando lo permitía.

Visión y posición crítica de Marcel Légaut.

Lo primero que hay que decir es que las limitaciones y carencias del Concilio Ecuménico Vaticano II no son exclusivas de él como acontecimiento histórico, son las propias del cristianismo a lo largo de toda su existencia, prácticamente desde sus orígenes.

Veinte siglos de crisis», «desde el comienzo de la era cristiana», «los cristianos apenas siguieron este camino alguna vez», «durante veinte siglos la lectura de las Escrituras estuvo en falso», «la Iglesia apenas si ha comenzado la evangelización del mundo»…, son expresiones todas ellas muy elocuentes, literales de Marcel Légaut, refiriéndose a esas limitaciones y carencias, a la profundidad de las mismas y a sus manifestaciones.

En efecto, para Légaut el problema grave comenzó muy pronto, prácticamente con la primera generación cristiana, desde los propios primeros discípulos que, a pesar de la gran calidad humana, de la que

[4] P. 69. Énfasis del autor.

[5] P. 73. Énfasis del autor.

dieron prueba al llegar a vivir en sí mismos la experiencia que hizo Jesús, al trasmitirla tuvieron que hacerlo a partir del marco cultural religioso que era el suyo y apoyándose en él, el judío, apoyado a su vez este en un marco cultural y antropológico, como es común en todas las religiones. Ambos marcos poco adaptados a la originalidad de la experiencia que querían comunicar y ambos llenos de verdades creencias. De ahí la tentación-conveniencia en su caso de utilizar cristologías, formulaciones doctrinales, que muy pronto se hicieron confesiones de fe si no es que ya lo eran. Ahí comenzó para Légaut el problema, cuando el Jesús que experiencialmente ellos habían conocido comenzó a ser trasmitido en términos teóricos, de doctrina y catequesis, esto es, en términos de una fe necesaria y que había que aceptar. Y el problema siguió, sin solución de continuidad, con desarrollos doctrinales como el de Pablo, que puede presentar un Cristo cósmico sin necesidad prácticamente de referirse al Jesús humano. Por ello, en contraste con Pablo entonces y con Teilhard de Chardin en el siglo XX, dirá que su Cristo es «presinóptico», un Cristo humano, anterior en efecto a las cristologías de los Evangelios Sinópticos.

Un Cristo no conocido en su humanidad, por sublime que sea, es teórico, y, a efectos de realización humana, lo teórico es lo más opuesto a esta. Porque con su "realización" teórica sustituye y desplaza hacia este nivel lo que solo puede ser realización verdadera, existencial y práctica. De ahí que la desviación entre experiencia o conocimiento existencial y doctrina o conocimiento teórico haya ido a más a lo largo de los veintiún siglos de cristianismo, hasta nuestros días.

Propuesta de Légaut

Hemos evocado la crítica que Marcel Légaut hace al Concilio Ecuménico Vaticano II, así como la visión y posición cristiana desde la que la hace. ¿Cuál es su propuesta, aunque algunos elementos de la misma ya han ido saliendo?

La podríamos resumir en una frase: hacer como Iglesia o, mejor, Iglesias, abarcando a todas, hoy lo que no se ha hecho en veinte siglos. Y desagregar, para su abordaje, este hacer en las cinco necesidades y tareas siguientes.

Cultivar la profundización humana y acompañar en ella al ser humano

Sin profundización humana, no es posible una espiritualidad humana digna de este nombre. Por ello la Iglesia como comunidad e institución[6], so pena de faltar a su misión, tiene que cultivar esta profun-

[6] Reiteramos lo expresado en la nota 16.

dización humana como quehacer cotidiano, suscitarla en sus miembros y en todos los seres humanos que la escuchan, y acompañarla, cosa que la Iglesia no ha hecho y a la que ha faltado gravemente. «Una deficiencia grave de la Iglesia después de siglos: haber dejado de cultivar la profundización humana». Así reza un epígrafe de la obra *Mutation de l'Église et conversión personnelle* [7]. Y bajo él escribe Légaut: «Esta necesidad nunca ha sido particularmente afirmada en la Iglesia. Nunca ha cultivado con aplicación en sus miembros la interioridad sin la cual esta profundización es imposible»[8]. La acusación es bien grave, al afirmar y reiterar que la Iglesia ha fallado en algo esencial en su misión, pero es real.

Recuperar la dimensión humana de Jesús

Un Jesús no conocido en su humanidad, es una realidad más cerebral y afectiva que otra cosa de cara a la espiritualidad, y que como tal no la permite, aunque lo parezca, porque se presenta como creencial y divina, pero por ello mismo, sobrenaturalmente extrapolada y humanamente inasequible. De ahí su gravedad. Y este es el Jesús que la Iglesia ha conocido y presentado durante prácticamente toda su existencia, el Jesús de la fe, divino, en el que lo humano fue apariencia (docetismo).

Tal es lo que pasa cuando para conocer a Jesús se parte del ¨Cristo de la fe". Pero igualmente sucede cuando se parte del "Jesús de la historia", como si ésta pudiera captar y reflejar lo que en él hubo de espiritual, de inexpresable. Sólo conociéndolo en su humanidad, como lo conocieron sus primeros seguidores y, ojalá, incluso mejor que ellos, es como se puede conocer lo que Jesús realmente fue y sigue resultando inspirador para los hombres y mujeres de hoy.

Conocer críticamente su historia como Iglesia y tradición

Dada la distorsión espiritual experimentada por el cristianismo desde muy temprano, casi desde sus orígenes, conocer críticamente esta historia y asumir la propia historia así conocida, es fundamental para poder ser hoy hombres y mujeres cristianos plenamente humanos, plenamente realizados. Lo contrario es dar por bueno el cristianismo doctrinal y moral heredado al percibirlo como dogmático y providencial, obra del Espíritu, y seguir trasmitiéndolo así, sin más preguntas ni cuestionamientos que los que refieren a su actualización y renovación, y esto de tiempo en tiempo, lo cual es radicalmente insuficiente de cara a ser plenos y totales.

---

[7] P. 49.

[8] Id.

Conocer en profundidad la época actual como época de crisis y de búsqueda de la realización humana

Esta es una necesidad de primer orden. Sin ella no hay espiritualidad que signifique o sea un existir humano pleno. Al contrario, lo que se propone como tal es una teoría, una doctrina —*ideología*, en términos de Légaut— que lo que busca es su aceptación e internalización; una vida de acuerdo a normas siempre externas, no la vida desarrollándose a partir de su dimensión más profunda, como una creación. Una espiritualidad sin el conocimiento integral, humano, social, cultural, y profundo, esto es, espiritual, de la propia época, es una *contradictio in terminis*, y como tal, es imposible. El argumento de que, aunque sea anacrónica, siempre será espiritual, no vale. Una espiritualidad anacrónica es siempre abstracta, teórica, ideológica, y como tal, no es espiritual. Una espiritualidad solo es verdadera si es hija de su tiempo o avance y adelanto del que viene, no si es anacrónica, en el sentido de pasada.

Mutación de la Iglesia y conversión personal [9]

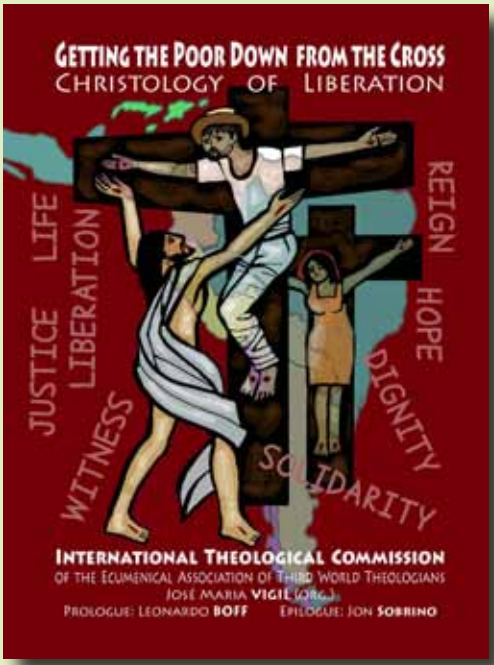
Cada tarea anterior responde, por así decir, a un reto específico. La mutación de la Iglesia, también. Si la falla de la Iglesia viene desde un comienzo, y en este sentido es estructural y casi congénita, no es una reforma lo que puede superarla, por profunda y radical que sea, sino una *mutación*, un cambio total en la naturaleza y función de la Iglesia, en su ser y quehacer más profundo, que no le va a permitir reconocerse en lo que históricamente ha sido. ¡Tal es el calibre del cambio o, mejor, transformación, que la Iglesia tiene que sufrir!

La Iglesia que tiene que surgir de la mutación tiene que ser totalmente diferente: una comunidad de hombres y mujeres humanos y, por tanto, espirituales al estilo de Jesús, llamada como él a suscitar la dimensión más profunda que hay en todo ser humano y acompañarle en su realización; no una institución religiosa que, por definición, solo puede ver al ser humano en términos creenciales y acompañarlo en esos mismos términos, proponiéndole una doctrina y una moral, sin sospechar nunca de su fondo espiritual. Y para ello la Iglesia tiene que sufrir una mutación, que debe significar para ella un «segundo nacimiento».

[9] A esta propuesta dedicará Légaut su obra del mismo título, *Mutation de l'Église et conversión personnelle*, Aubier, París 1975.

Getting the Poor Down From the Cross
Cristology of Liberation

A classical work of EATWOT's International Theological Commission



In 30 days after the «Notification» against Jon Sobrino, the EATWOT's International Theological Commission requested and collected the contributions of more than 40 theologians, from all over the world, to reflect and testify about their theological work, as «getting the poor down from the cross».

As a result, there is this digital book, which in its first week -40 days after the «Notification- registered more than three thousand downloads.

It continues to be on line for downloading in several languages (English, Spanish, Italian) and in paper (English, Spanish, Portuguese).

Printable originals with full resolution can still be requested for local editions without profit purposes.

Getting the Poor Down from the Cross: still on line digital edition, which was printed on paper in many places, 314 pp
Bajar de la cruz a los pobres: edición digital en línea, y también una edición en papel, por Dabar, México 293 pp.
Descer da Cruz os Pobres: edição só em papel, pela Paulinas, São Paulo, 357 pp
Deporre i poveri dalla croce: edizione soltanto digitale, nella rete.

More information at the webpage:
InternationalTheologicalCommission.org
See also, alternatively: ***servicioskoinonia.org/LibrosDigitales***